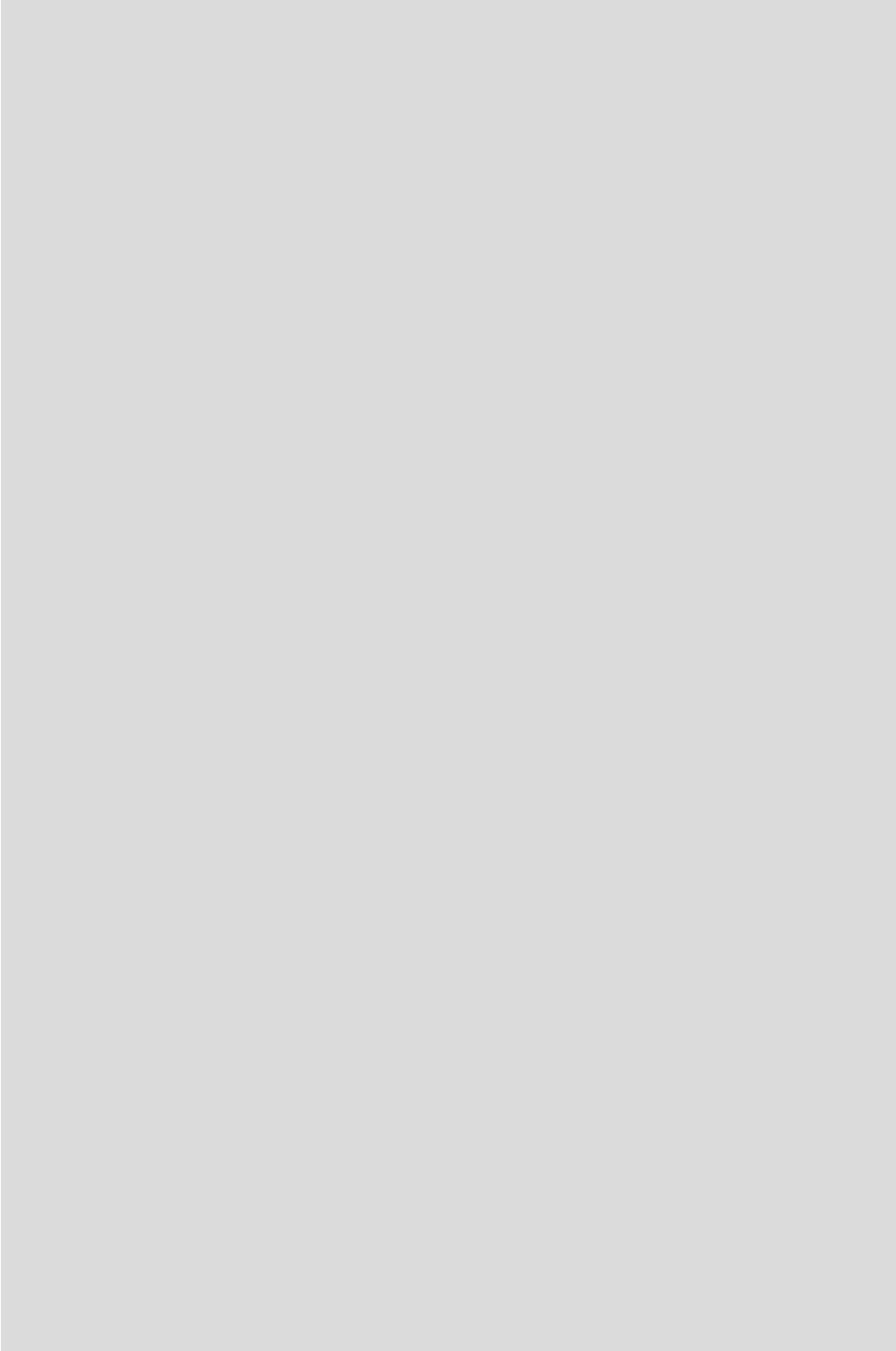


Relatos anónimos

Mi Libro Vacío



Capítulo 1

Relatos anónimos

Gotas de lluvia golpeando la tierra, deslizándose con ternura en las ventanas y brillando a causa de la luna.

Pequeñas gotas de lluvia que simulan los miles de pasos de cientos de personas a mi alrededor y que de cierta forma son de consuelo a mi mente atormentada.

Pensamientos que creo ajenos a mi persona vagan en mi mente, pensamientos que carcomen mi alma y aterran mi ser. Y luego deseos impulsivos que me asusta pronunciar y mucho más tan siquiera sentir, que me hacen molestarme conmigo misma, que quisiera descargar con un grito, pero a la necesidad de hacer silencio me desahogo en rasguños que no dejen marca.

Siendo que no se que tan bueno sea permanecer callada, con la garganta cerrada, las palabras oprimiendo mi pecho, acumuladas debido a los sentimientos que se vuelven más intensos con el andar de los días.

Miro el pasado, recordando palabras y acciones inconscientes que no tardaban en abrir paso al arrepentimiento, que siempre dañaban al resto y a mí misma. Son fantasmas que apuñalan mi mente.

El problema no es creer que pueda cambiar algo del pasado, si no que soy bien consciente de que todo ello se ha perdido, y que aun así continúan marcando mi cuerpo. Sonrisas que pudieron ser y nunca fueron, que intercambie por lágrimas y arranques de ansiedad, miedo y enojo.

Y ahora, en uno de esos momentos donde se me acaban las distracciones y me encuentro sola con mis pensamientos, me pregunto, ¿Qué tan diferente será el futuro?, si mi presente se ha vuelto más complicado al ser tan consciente de mi falta de autocontrol.

Los temores que envuelven mi cuerpo y empapan mis mejillas, nublan mi vista, mi juicio y hacen presión en mi corazón. A lo que más le temo es al tiempo. Saber que va demasiado aprisa y debes correr para seguirle el paso, ¿Y qué pasa si ya me detuve? ¿Cómo lo alcanzó?, ¿Cómo recupero los minutos que destinaba a mis sueños? ¿Cuánto me queda para rescatar tantos días felices que transforme en tormenta?

Incluso cavilo en preocupaciones que ni siquiera me corresponden, ya sea sobre personas que jamás tocaron mi vida o que son demasiado cercanas; si bien sé, que la felicidad de los demás no depende de mí, así como la mía tampoco depende de nadie, ¿cómo no he de preocuparme?, ¿cómo

podría vivir sin mayor reparo al saber que alguien cercano a mi no es feliz? Y peor aún, observando la causa de su tristeza sin poder hacer realmente nada, siendo yo un tormento más y ni siquiera corregir eso.

Pronuncio palabras en voz baja, oculta, temiendo que alguien pueda oírlas, aunque siempre permanecerán anónimas. Y repito aquellas que llegaron a mí, junto con el rostro de las personas que las emitieron, mismas que fueron de alivio o, por el contrario, sus voces fueron mi tortura.

Teniendo una familia, amigos y quien sabe cuántos más rodeándome ¿Por qué es tan difícil decir algo a alguien? Pues...quien sabe que tanto cambiara la perspectiva que esa persona tenía hacia mí, o lo mucho que podría destruir a alguien con mis palabras.

Llega el punto en el que me entristezco sin razón aparente, no importando que tan alegre pudiera ser mi día, se presenta traicionera la sensación de soledad, aquella que te susurra tentadora que todo ha perdido el sentido.

¿Y entonces por qué sigo? Porque realmente amo la vida, tanto para asustarme y tratar de desvanecer el deseo de herirme a mi misma. Porque mi vida le pertenece a alguien más grande que el universo mismo. Porque puedo estar segura de que no importa cuánto me odie ni cuanto mal haga, ese alguien me ama de todos modos.

Capítulo 2

Relatos anónimos

Hoy otra vez quise morir, y es como si lo quisiera todo el tiempo, cada vez que lloro o me altero, a mi cabeza llega ese deseo, más sincero, más intenso y siempre con menos miedo.

Hoy otra vez quise morir y arañé mis brazos. Volví a sangrar, volví a dejar marca, volví a llorar.

Hoy otra vez quise morir, y dejé de comer, me volví a odiar, me miré al espejo y me dio asco mi cuerpo.

Hoy otra vez quise morir, y ese "te amo" que escuche desearía jamás haberlo escuchado, desearía que jamás me lo hubiesen dicho, porque no significa que esté enamorado de mí, no significa que desee estar conmigo de la manera que yo quiero, no significa que desee mi cariño ni que anhele mis besos, mucho menos que seré uno de esos amores imposibles o recuerdos inolvidables, porque soy fácil de olvidar.

Hoy otra vez quise morir, y nadie se dio cuenta, nadie que quisiera que lo hiciera.

Hoy otra vez quise morir, ayer también y todo el mes pasado, los años anteriores y eso que antes solo le temía a la muerte, pero mira que desde entonces estaba presente en mi mente. Hoy quise morir, ayer pedí desaparecer, hace días dejé de comer, y como siempre no pude gritar. Y ya no quiero salir de aquí, porque podría seguir así sin que nadie lo note, y si nadie lo nota, ¿Qué diferencia haría intentar cambiar?

Hoy pensé en morir, y me imagine como sería ya no existir. Llegué a la conclusión que nada pasaría. No me convertiría en fantasma y solo por un tiempo me llorarían. Al menos a mí no me dolería.

Hoy pensé en morir, y me sentí tranquila, porque se perdería todo el sentido de mi presencia. No tendría anhelos, pero tampoco miedos. No habría una mente a la cual miles de tormentos y presiones llegarían para torturar. No habría un corazón roto. No habría sueños perdidos, mucho menos dudas. No habría decisiones que marcarían toda una vida porque esa vida ya no existiría.

Simplemente no habría una Yo, no sería yo, no sería nadie, no sería nada.

Hoy decidí morir, y me suicidé por decima vez con una carta.

Capítulo 3

Relatos anónimos

Me convertí en la soledad que se pasea en los pasillos y hace sombra en los muros. Mi ausencia se volvió un tormento y mi recuerdo ha sido motivo de culpas y arrepentimientos.

¿En qué momento la lluvia se volvió tan melancólica?, pero lo cierto es que no olvido las noches más oscuras recostada en la cama, cuando la luz se iba en toda la casa. Creo que desde ahí ya me sentía sola.

La sonrisa infantil en los ojos de mi hermana se perdió eternamente. La fragilidad de mi existencia resultó ser un golpe de realidad demasiado crudo como para reaccionar, pues ella también carga con parte de la culpa todavía. La cosa es que sus pensamientos no han cambiado, siguen y seguirán siendo gotitas de sangre que derramaron mi vaso y aún caen sobre los vidrios rotos.

Será para mí un eterno misterio saber lo que sentía realmente, pues sus emociones eran tan profundas que las ocultaba hasta de sí misma, enterrando incluso sus más grandes deseos, su rebeldía adolescente, sus travesuras, sus libertades, cursilerías, errores...

Mi hermana mayor se fue, quién sabe a dónde, quien sabe cuándo. De todos los que habitan en esa casa su presencia siempre fue la que se sentía más ausente... Tal vez haya conseguido llegar a donde su mente divagaba tantas veces, cuando su mirada se perdía entre pensamientos y sonreía inconsciente.

Quién sabe, pero aun escucho sus lágrimas caer lento, y entre tantas cosas, ya no sé por qué llora, casi nunca supe porque lloraba, su mundo parecía más complicado que el mío.

Mis padres, ojalá y aprendan a superar sus propios problemas emocionales y corten de una vez con la cadena de trastornos mentales que han heredado a sus hijas. Ojalá sonrían a los logros de la hermanita que con tanto egoísmo dejé a su suerte, y ojalá ella deje de ser como ustedes.

Espero no haber arruinado sus planes para volver a ser felices, sí es que los tenían. ¿Cuántas veces vi llorar a mamá?, y la pregunta va en serio, porque usualmente también lo escondía. Que mala costumbre eso de ocultar las lágrimas, y que envidia las nubes que lloran sin apenarse y gritan sin que nadie pueda callarles. Que envidia mamá, que aguantó y sigue aguantando demasiado. Recuerdo todavía sus ojos preocupados, como si en su mente viajaran miles de problemas por solucionar, pero

ninguno es de ella.

Y papá, que, con su tristeza marchito a todos, marchito a mamá. Y con sus gritos ennegreció a profundidad el corazón de la flor más pequeña en esa casa, una flor demasiado frágil y egoísta como para comprender la tristeza de tus hierbas, y tú demasiado triste como para siquiera notar las hojas torcidas de otros. Espero no haber acabado con las poquitas noches en las que concillas el sueño.

Espero que mi ausencia no amerite más desvelos.

Espero no formar parte de tus dolores perpetuos.

Y espero que no sea necesario calmar mi recuerdo con un cuartito de pastilla.

En mis últimos textos no he podido no mencionar al chico al que le han pertenecido mis más recientes sentimientos. A ti te deseo una felicidad eterna, porque quién sabe si estabas más roto que yo. Pido para ti estabilidad, paz, y encuentres una manera más efectiva de sobre llevar la vida, porque la que utilicé terminó por destruirme, y la que ahora usas parece suponer un destino similar.

Cada palabra tuya me rompió con dulzura el corazón, tu mirada ausente y los suspiros después de una canción. Pero te quiero, te amo, y te dejo. Al fin y al cabo, íbamos a terminar diciendo adiós, tan presente lo tuviste que no te atreviste a dar nombre a tus emociones ni a nuestra relación.

Yo sé que, tu corazón siempre estuvo colmado con los besos de ella y siempre viviste ebrio con el recuerdo de su voz. Y ahora estás por ahí de vuelta, reviviendo un amor al que prometiste no volverías nunca. Y sé que jamás pude ser como ella, ni quería serlo, porque quería más, ser la próxima que te rompiera con su ausencia. Que sepas que no es tu culpa, fui yo quien decidió amar a un corazón dañado.

Abandoné tantas cosas y a tantas personas... Dejé a tras mis más grandes anhelos, que con el tiempo perdieron el sentido hasta llegar a parecer ajenos. Eran auténticos, infantiles y ambiciosos. Quizás ni siquiera eran míos, pues bajo tormentas no hay luz que se asome.

Abandone mi sonrisa, mis energías. Me abandone a mí misma, lentamente deje de lado mis ideales, metas, convicciones, creencias... rompí la promesa de vivir, promesa que ya no se para quien hice. Rompí con la dulce niña de mis recuerdos, de corazón frágil y tormentoso pensamiento,

niña que todas las noches tenía pesadillas, que le temía a la lluvia y al agua en su carita, que gritaba y lloraba cuando su nariz sangraba, niña que temblaba a la obscuridad del cuarto de baño y a la noche sollozaba bajito oculta entre sábanas.

Rompí con la ilusión que se asumía de esa niña en un futuro. Más feliz, soñadora, traviesa, viviendo en la plena ignorancia de la juventud, nada parecida a lo que la convertí. Arrebaté experiencias, amores, amistades, arrebaté toda una vida. Porque esa niña le fue confiada a una adolescente que ha crecido en el mismo ambiente de desastre.

Pero es que, la vida entera se había vuelto rutina. El dolor dejó de doler, la ansiedad se convirtió en costumbre y la tristeza un estilo de vida. Perdí el miedo a mis pensamientos y acepté mis deseos más oscuros, hasta que la idea de morir no significó nada más que el simple acto de desaparecer de un mundo que ya no ofrecía nada, donde las personas tampoco ofrecían nada.

Y la vida siguió por un tiempo, como una película en blanco y negro, sin apenas emitir un solo ruido. Ojalá alguien hubiese hecho ruido...

No había nadie diferente, y yo más que nunca era demasiado similar a la gente, una de esas tontas que cae en la basura emocional de la adolescencia al crecer entre la ausencia y la mentira, odiándose cada que se ve al espejo y disfrutando del hambre que le haría perder peso.

Lo prohibido era lo más divertido, y en mis deseos más inocentes a escondidas regale besos eternos, que por siempre seguirán siendo secreto. Quizás solo extrañe eso, a pesar de todo el miedo que me hacía sentir a la idea de que fueran descubiertos. Quizás solo pueda conservar el título de rebeldía que me fue impuesto ante mis deseos. Pero, en realidad, me he tomado la libertad de soltar eso también.

Y en esta carta los suelto a todos ustedes, y todo aquello que formaba parte de mi esencia, suelto mi existencia en sí misma, mis alegrías y mis tristezas, mis tormentos y mis deseos.

Suelto mi vida.